

Luces y sombras en el poder

– ALFREDO TORRES –
Presidente ejecutivo de Ipsos Perú

Es fácil caer en la tentación de calificar negativamente el 2013. Menciones a la repartija, Ecoteva, ‘narcoindultos’, Urtecho y López Meneses nos llevan a pensar que lo único memorable del año fue una serie de escándalos políticos. Y, sin embargo, la economía continuó por la senda del crecimiento con baja inflación y la consiguiente reducción de la pobreza. Además, hubo avances en la lucha contra los remanentes del terrorismo en el Vraem y se promulgó una promisoría Ley del Servicio Civil, de manera que tampoco se puede decir que fue un mal año.

Lo que sí es indudable es que fue el año en el que el presidente Ollanta Humala perdió la confianza de la mayor parte de la ciudadanía y de un amplio sector de la comunidad empresarial. Según Ipsos, su aprobación en la opinión pública cayó de 54% a 29% a nivel nacional –o a 25% si se considera solo a la población urbana– y bajó de 75% a 48% entre los asistentes al CADE del 2012 al 2013.

Para la opinión pública, los temas que probablemente perjudicaron más la aprobación presidencial fueron el aparente proyecto de ‘reelección conyugal’, las continuas noticias sobre el incremento de la delincuencia y la corrupción, la desaceleración de la economía y la escasez de noticias positivas sobre grandes proyectos de inversión. A falta de buenas noticias, el ánimo popular se dejó llevar por la desilusión.

Las causas de la pérdida de confianza empresarial son más identificables: el amago de compra estatal de La Pampilla, los comentarios sobre las ‘vacas flacas’, las diversas iniciativas controlistas y las confusas declaraciones en contra del

lucro en sectores que han venido invirtiendo con gran dinamismo como la educación y la salud. La primera fue detenida a tiempo y las demás no han pasado a mayores, pero es probable que en conjunto hayan ocasionado un punto porcentual menos de crecimiento del PBI.

Ha habido también malas noticias que tuvieron un efecto positivo como “rebote”. Ante la pérdida de confianza que generó el interés estatal en La Pampilla, el gobierno anunció una serie de medidas para facilitar la inversión. También se tomaron medidas correctivas ante las críticas al desempeño del programa de alimentos Qali Warma y se viene produciendo una vasta depuración en el Ejército y sobre todo en la policía a partir de la denuncia sobre el ‘Lópezgate’ y otros casos de corrupción (ojalá estén saliendo los presuntos implicados y no oficiales incómodos al régimen).

El 2014 no pinta mal, pero en función de lo que haga el gobierno puede ser un poco mejor o un poco peor. La diferencia no es deleznable. Un punto de crecimiento del PBI representa cerca de 30 mil nuevos empleos formales y alrededor de 60 mil peruanos que cruzan la línea de la pobreza por mayores ingresos. Por lo tanto, el primer objetivo del presidente debería ser asegurarse una alta tasa de inversión privada para que la economía vuelva a crecer por encima del 6%. El ministro Luis Miguel Castilla lo viene haciendo muy bien, pero es necesario que el presidente transmita los mensajes correctos –respeto a las ins-



tituciones y no más críticas viscerales al lucro– y ayude a eliminar las trabas que frenan la inversión.

En segundo lugar, el presidente debe apoyar a dos sectores que enfrentan grandes desafíos y que serán claves en la evaluación popular: interior y educación. En ambos casos ha convocado como ministros a profesionales respetados. A ambos debe pedirles que trabajen con visión de mediano plazo pero que estén también preparados para brindar resultados en el corto plazo, para atender las

expectativas de la impaciente opinión pública. Tanto Walter Albán como Jaime Saavedra son personas con la capacidad de conversar con los mejores expertos de todas las tendencias. El presidente debe respaldarlos en esta apertura.

Dos sombras que se ciernen sobre la gestión pública el 2014 son los arrebatos autoritarios y la corrupción. Cualquier intento de continuar en el poder en el 2016 de manera ilegítima, de bloquear la candidatura de sus rivales o de cercenar la libertad de prensa sería ampliamente rechazado por la opinión pública y generaría más desconfianza entre los agentes económicos. Del mismo modo, el presidente debe estar muy alerta para combatir la corrupción infiltrada en el Estado, tanto en pequeña escala como en las altas esferas del poder, en particular en las fuerzas del orden.

El presidente ha demostrado hasta ahora un comportamiento democrático. Sería muy perjudicial para el Perú y para sí mismo que se deje envolver por quienes le sugieren acciones autoritarias. Es ampliamente conocido que el autoritarismo es el ambiente más propicio para la corrupción. Los periodistas peruanos –y ahora también las redes sociales– han demostrado ser muy eficaces para descubrir y combatir tanto actos antidemocráticos como actos de corrupción. El presidente debería respetar a la prensa y no atizar su desconfianza con expresiones que pueden ser leídas como amenazas veladas.

La historia del 2014 aún no ha sido escrita. Hagamos votos para que el presidente y su equipo de gobierno tengan éxito en recuperar la confianza para acelerar el desarrollo del Perú, sin sombras oscuras que lo descaminen.

